PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

AGOSTO-SEPTIEMBRE
2025

EJEMPLAR GRATUITO



No. 57

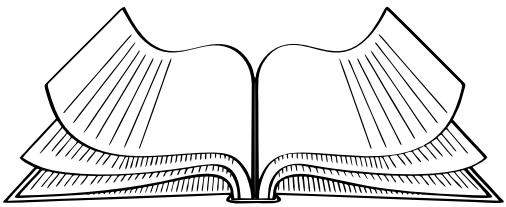
PUNTO
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

PILATES
NUEVO ESTUDION



Síguenos y
reserva tu clase



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 57

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Los hijos de la noche
Luis Mariano Salazar 7

Sin título
Ricardo Plata 8

Cuando pienso en ellas
Denzil Garteiz 10

Poema XXV
Manuel Jorge Carreón Perea 13

FIRMAS

Cangrejos
Cecilia Durán Mena 16

Fuji-san es guapo (y muy tímido)
Andrea Fischer 21

La cartaginesa
Cecilia Durán Mena 27

IMAGINARIO

Gato alado,
Irina Tall 30

Vigilante,
Itzayana SGC 31

Desconocido interior de ruinas de Cabo Espichel,
Carlos Henrique Batista da Costa 31

Claro de luna en Sesimbra, Portugal,
Carlos Henrique Batista da Costa 32

Sin título,
Dayana Hernández 34

Sin título,
Santiago Hoyos 35

VOCES

Amapola Pt. 2
Alejandro Avila 36

Senectud o sobre gerontología
Simona Galdina 43

Los muebles de la casa
Fernando Vega 46

Cuidados
José Emilio Gómez Vásquez 47

La dictadura de los gallos
Armand R 53

15 cartas al desierto
Andrés Madero Ramírez 56

El viejo árbol de nogal
Fidel Cantú Quintanilla 58

Vaqueros
Montserrat López Ramírez 61

Hablando por escrito

Leer. Se ha escrito tanto sobre la lectura que hoy parece pertinente detenernos a reflexionar. ¿Qué es leer? No cabe duda de que la lectura se ha transformado a lo largo de la Historia. La forma en la que leemos se ha ido moviendo de lugar. Cuando nos toca decidir ¿qué leemos y por qué lo leemos?, y más aún, ¿dónde y cómo leemos?, cuáles son nuestras elecciones. Hasta hace algunos años, las respuestas a esas preguntas albergaban contestaciones comunes: leo libros, revistas, periódicos; lo hago para enterarme, aprender, gozar; leo en una biblioteca, en la cama antes de dormir, en la banca de un parque, en fin. Hasta hace poco leer era eso: una actividad que involucraba pasar la mirada sobre los renglones de un texto escrito. Claro que ahora, y después del Internet, podríamos cuestionarnos si la naturaleza de la lectura ha cambiado, si se ha movido de lugar.

Muchas personas como yo seguimos prefiriendo los libros tradicionales, las revistas impresas, los periódicos de papel. Ya sabemos que las preferencias rompen géneros, porque hay lectores que en la era de las redes se han transformado y han transitado a una especie de hiperalfabetización. Para ellos, una pantalla es una biblioteca al alcance de sus dedos.

Para todo hay gustos, hay quienes opinamos que el tipo de lectura ideal es la que se hace a la antigua usanza —encuentros intensos, prolongados, de principio a fin con textos cuidadosamente elaborados—. Y mientras algunos gozamos de perdernos entre los renglones que leemos, para otros esta práctica se ha vuelto casi anacrónica.

Hoy, los lectores pueden comenzar un libro en un lector electrónico y luego continuarlo sobre la marcha, a través de una narración en audio sin necesidad de tocar una hoja de papel. Se lea como se lea, eso es una victoria. Me atemoriza un poco ver como hay personas que pueden renunciar a los libros por completo. Se hunden en las pantallas y pasan las tardes enteras navegando a la deriva por las redes sociales, brincando de una a otra, como quien navega por el río lento de las imágenes y las letras.

¿Será que la lectura se movió de lugar? Hay algo a la vez difuso y concentrado en el acto de leer; implica una gran cantidad de palabras aleatorias que fluyen a través de una pantalla, mientras que la presencia acechante de videojuegos, videoclips, series y similares asegura que,

una vez que hemos comenzado a leer, debemos elegir continuamente no parar sino brincar de una cosa a la otra, con un apetito insaciable y con un espectro de corto aliento que genera enajenación y aburrimiento.

Me gustaría que hubiera más textos interesantes en el mundo que puedan captar la atención de sus lectores. Me alegro de que Pretextos Literarios Por Escrito sea un puente que traiga poemas, cuentos, relatos que no solo sean leídos por una persona, sino por muchas. Y, aún más, que no nada más les guste haberlos leído sino que quieran conservarlos.

Con ustedes, el número cincuenta y siete.

Los hijos de la noche

Luis Mariano Salazar

Nacen
bajo el peso ondulante de la oscuridad
casi clandestina,
de la mano de un lenguaje universal.

Miran a la Luna, “dama todopoderosa”
abrir sus piernas y parir
el eco de sus entrañas:
--- voces poéticas ---

Inicia entonces el canto,
el desasosiego, la descarga de sueños;
las bocas de mil lobos hambrean inspiración,
arriba el momento excitante de lo nocturno,
la palabra lúcida que trasciende.

En el costado de la noche
nacieron los poetas

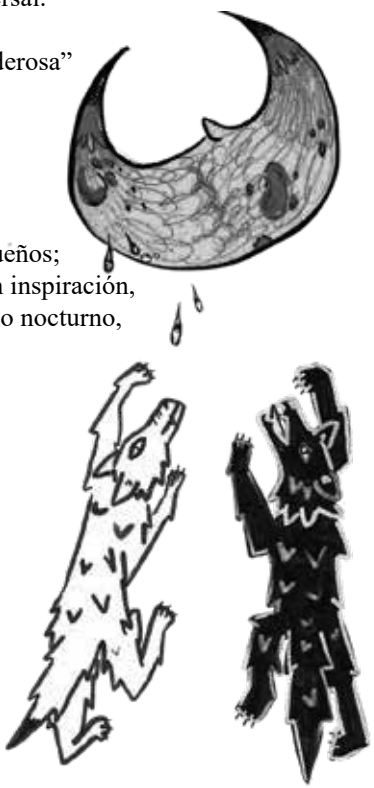


Ilustración por Karla C.

Sin título

Ricardo Plata

Mi existencia está justificada

cuando me piensas,

cuando en la ligera resonancia de un recuerdo

se desviste la impaciencia

para vivir dentro de ti.

En el nido de relámpagos que es tu mente

quiero ser tormenta que te inunde

agua y corto circuito

y entregarte un ramo de delirios.

Solo existo cuando tú me piensas

cuando tus latidos pertenecen al viento

y tu figura germina de una postal de ballet,

como deseo nacer de tu mente

no habrá lágrimas en este nuevo alumbramiento.

Porque el mejor lugar al que iré,

donde la noche sea un sembradío

de flechas desorientadas

y el arco venga de tus cejas

que siempre sonríen en el alba,

porque ese lugar es cuando me piensas.

Ahí, en la mansión dela pureza,

quiero ser el apetito del amor

porque tu cuerpo es un templo

en donde siempre me arrodillo.



Ilustración por Diana Sánchez Trejo

Cuando pienso en ellas

Denzil Garteiz

Cuando pienso en ellas, mi mente y mi imaginación se desbordan con ilusión.

Cuando pienso en ellas, por ejemplo, imagino un extenso y frondoso pastizal, donde los borregos son libres para andar.

Imagino el inmenso y majestuoso océano que conecta al mundo a través de sus corrientes y mareas.

Imagino un imponente coliseo, con su intrincada y avanzada arquitectura, diseñado como un magnánimo foro para impulsar la cultura, el arte y el progreso.

Cuando pienso en ellas visualizo un mundo sin fronteras donde unos y otros conviven en armonía.

Visualizo un espacio abierto, donde el aire fresco permite la limpia y pura transmisión de las voces; donde no hay obstáculos para la comunicación; donde todo lo que se dice es claro, honesto y entendible.



En ellas imagino una gran comunidad, donde el respeto, la comprensión, la empatía y la amistad, se siembran, se riegan y se recolectan.

Tristemente, cuando me adentro en ellas lo que ve mi corazón es muy diferente.

Veo perros, con ínfulas de pastores, ladrando a los borregos para limitar su libertad y controlar su voluntad.

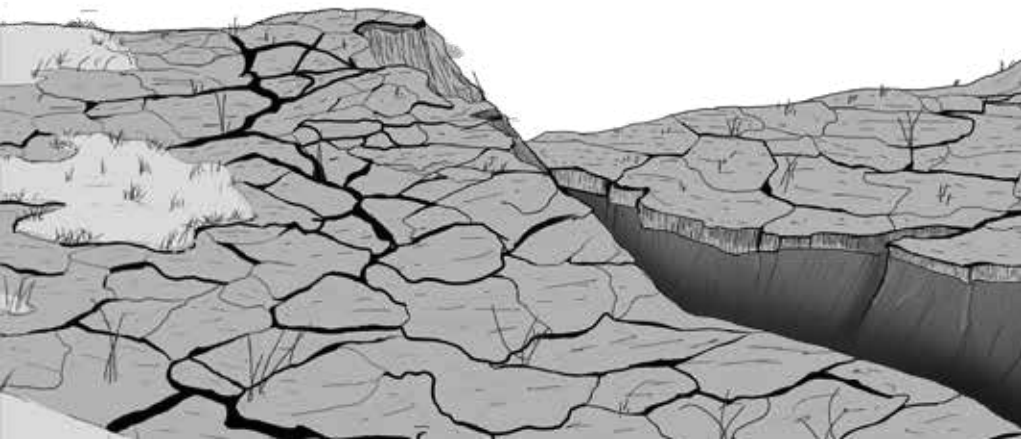
Veo a navegantes perdidos en el mar, sin brújula o estrellas que seguir; sin puertos que alcanzar.

Veo abusos de poder. Emperadores que mienten, engañan y dividen. Gladiadores que actúan, pelean y especulan.

Veo trincheras y púas, con bandos opuestos a cada lado, disparando balas ciegas, a enemigos invisibles.

Veo un ambiente contaminado donde todo se distorsiona, cobra sentidos opuestos y es malinterpretado; donde unos se ofenden y otros se alientan; unos desavienen y otros concilian.

Veo un campo infértil, donde la burla, el encono y la intolerancia, pudren el terreno y lo cubren de grietas y hierbas secas.



En ellas, los hombres y mujeres se convierten en sombras. Los padres y hermanos en desconocidos, y los amigos y confidentes, en espías.

En ellas todos se transforman; los crédulos dudan, los cobardes arriesgan, los solitarios exhiben, los ignorantes enseñan, los mentirosos convencen, los ingenuos sospechan y los idiotas influyen.

Ellas no son lo que yo imaginé.

Ni son redes, ni son sociales.

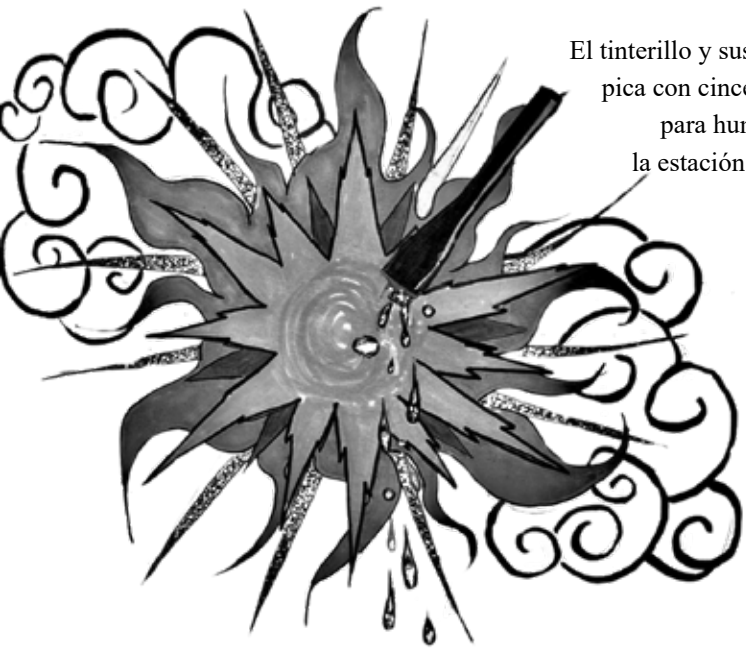
Parecen más bien, trampas comunales.



Ilustraciones por Max Adame

Poema XXV

Manuel Jorge Carreón Perea



El tinterillo y sus palabras necias
pica con cinceles las nubes
para humedecer
la estación que no es.

Ilustración por Karla C.

¿Te gusta escribir desde lo tétrico?



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

TE INVITA A SU NUEVO TALLER DE ENSAYO:

ESCRIBIR LO SINIESTRO

Ensayar el terror desde lo cotidiano

INICIO OCTUBRE DE 2025

MÓDULOS:

1. Anatomía del miedo
2. Monstruos, sombras y metáforas
3. El suspenso como estructura
4. Voces del abismo
5. El ensayo como exorcismo

Impartido por:

Dr. Fernando Montoya



Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Deusto.

Miembro de la mesa de arbitraje de *Por Escrito.*

HORARIO:

5 CLASES

SÁBADOS

de 11:00 a.m. a
12:30 p.m.

Constancia y
publicación en la revista

Modalidad:

virtual y presencial

¿Te interesa?

contacto@porescrito.com

55 7378 8336

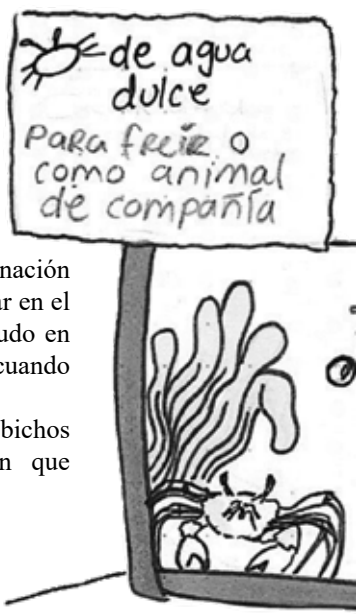
Cangrejos

Cecilia Durán Mena

Desde muy chica escuché que los cangrejos caminan en reversa. La sentencia de mi madre era siempre la misma: no seas como los cangrejos que, en vez de ir para adelante, van para atrás. Son los únicos animales que prefieren retroceder en vez de avanzar. Eso último —lo de la preferencia—, no sé si es cierto o no. Pero, es falso que caminen de espaldas. Lo cierto es que caminan de lado. Dicen que pueden moverse en otras direcciones, pero, por la estructura de sus patas, son más eficientes si caminan de lado. Pobres crustáceos, su fama les precede y ellos ya no se pueden echar atrás para enmendar su imagen. ¿Podrán? Lo más seguro es que no les importe lo que piensan de su andar.

Cuando me caí, acabábamos de salir del mercado. Era el primer día soleado después de haber tenido una semana de tormentas con aguaceros, truenos y relámpagos. Había charcos en las calles y banquetas. El cielo estaba muy limpio, sin nubes, tal vez, enfadado de tanto llover, se permitió clarearse. La fragancia a hierba húmeda me recordó al olor de la menta, de la hierbabuena. Estaba de tan buen humor cuando me fracturé el peroné que jamás imaginé que terminaría en cirugía.

Solo diez minutos antes de que mi pie quedara atorado en un hoyo de la acera, perdiera el equilibrio y me fuera de bruces, había estado contemplando una pecera con cangrejos que estaba en la sección de pescados y mariscos del mercado. Me quedé atónita mirando un pedazo de poliestireno que hacía las veces de letrero. En letra roja y bien visible decía: Cangrejos de agua dulce. Debajo, en negro, se leía: Para freír o como animal de compañía. Francamente, la combinación me pareció desconcertante, casi indecente. Al pensar en el destino de esos pobres animales, se me hizo un nudo en la garganta. Tal vez, eso era lo que iba pensando cuando me caí.



No he podido dejar de pensar en esos pobres bichos desde que estoy convaleciente. ¿Habrá alguien que

considere en serio llevárselos para convertirlos en sus mascotas? Y, luego, ¿qué? Después de un tiempo, su destino será ser comidos por sus amos. No sé. Se requiere tener un nivel de soledad profundo para considerar un cangrejo como mascota, en vez de tener un perro o un gato. Claro que, los mamíferos son más demandantes. Hay que limpiarlos, alimentarlos a diario, bañarlos. A los perros hay que pasearlos y las cuentas del veterinario son caras. En ese sentido, un crustáceo es una mascota fácil. Hay mucha gente sola.

Con la inmovilidad en la que me dejó la fractura, no me podría hacer cargo de una mascota que requiriera tanta atención. Todo en mi vida se ha ralentizado. Ir al baño es una aventura, un escalón se convierte en una barrera. La cotidianidad se movió de lugar. Lo mínimo ahora es un reto. Pero, a un cangrejo sí que le podría echar alimento en la pecera. Lo malo es que no tengo pecera. Así que habrá un cangrejo menos que pueda ser salvado de servir como plato fuerte. Los enfermos somos muy demandantes. Y encima, nos da por sentirnos solos.

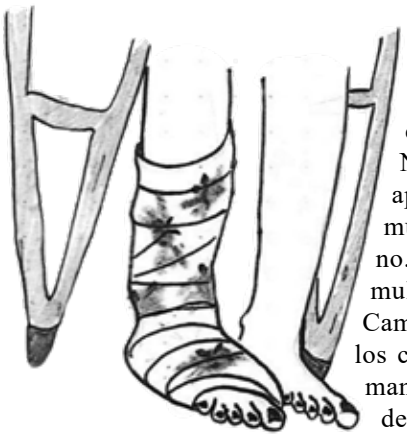
Sí, es extraño. Al mirar a los cangrejos apiñados en el agua estaba pensando que nos separaba solo un vidrio, pero su lado y el mío pertenecen a mundos totalmente distintos. Tan distintos como lo son la mínima distancia que hay entre la enfermedad y la salud, la prosperidad y la pobreza, la cordura y la demencia. Cada uno, desde nuestro lado, estamos separados por esas líneas que se dibujan en forma instantánea y nos aíslan del resto de los seres vivos. A veces pienso en esas cosas, mientras estoy sentada en el sillón, o recostada en la cama —no puedo hacer mucho más que estar quieta, pero la mente no se inmoviliza; es al revés, se activa más—. Entre las sábanas y los cojines que me ponen para estar más cómoda, alargo la mirada a la ventana y veo como la luz del día empieza a iluminar mi habitación, la acompaño hasta que declina y se convierte en penumbra. Imagino que hay gente corriendo por las calles, que se apresuran a llegar a sus actividades. Acorto la mirada y veo mi pierna izquierda, quieta, rígida a causa del vendaje del que sobresalen los dedos que apenas si se pueden mover. Me pregunto si recuperaré la movilidad al cien por ciento. Pienso y pienso. Lo hago porque me lo pide el corazón. El corazón o esa parte del cerebro que quiere drenar estas ideas para poder respirar



profundo y aligerar la tristeza. Lo hago en silencio para no hacerme pesada. Los enfermos pesan.

Pero, para aligerar la tristeza hay que darle su espacio, dejar que crezca, como una especie de burbuja de jabón y darle tiempo a que reviente y cumpla con su cometido. Si no, ahí se queda la amargura en el paladar, el nudo en la garganta, el peso en los hombros y el dolor se anida en el cuerpo. Lo peor es el miedo. La sensación es ambigua. Aunque es el mismo lugar, el simple hecho de que nos hayan puesto un cristal transparente —real o ficticio— puede dar la impresión de que estamos en otro lado. La casa se hizo diferente, mi baño se alejó, las dimensiones se volvieron complicadas, la escalera es un lugar de terror del que prefiero alejarme. Sí, parece que estamos en una dimensión distinta y no tenemos que ver nada con los que están del otro lado. Un enfermo, un demente, un pobre no están del mismo lado que un sano, un cuerdo o un próspero. Un angustiado no está en el mismo lugar que una persona feliz, aunque estén en el mismo cuarto. Pero, puede ser que, si apartas la barrera, de inmediato formes parte de lo que hoy te aísla.

Apartar la barrera. Ese es el reto. Para conquistarlo debo hacer mis ejercicios de rehabilitación, dice el doctor. Tomar la medicina, obedecer. Eso me acerca a apartar la barrera, pero no la quita. Lo que la quita es ponerme de pie y caminar con autonomía; no puedo apoyar el izquierdo. Después de la cirugía, quedó una cicatriz de seis centímetros que cruza el tobillo y un moretón en la parte inferior que se parece a la mancha mongólica con la que nacen los bebés asiáticos. No duele tanto, pero, no puedo apoyar el pie. La gente sana se mueve en libertad, los enfermos no. Para caminar, debo usar o muletas o andadera. Mejor andadera. Camino como cangrejo. No como los cangrejos a los que se refiere mi mamá, sino como los de la vida real: de lado. Despacio. Torpe.



Desde niña he caminado al frente. Esa ha sido la consigna: hacia atrás ni para agarrar vuelo. Siempre igual, siempre adelante. Cuando he estado triste y me bloqueo, imagino en lo que debo hacer para seguir avanzando. No me está resultando. El miedo me paraliza. Levantarme con un solo pie es un desafío, que para los que están del otro lado del cristal es algo sencillo. No te asustes. Relaja los hombros, no aprietes los dientes, apóyate en la andadera. Me es difícil controlar las lágrimas. Pero, me aguanto. No quiero que los del otro lado se enfaden, porque el fastidio llega rápido. He estado ahí, en ese otro extremo y es fácil que se agote la mecha de la paciencia.

Cuando una persona tiene un accidente, hay una metamorfosis. La quejadera no sirve. Sencillamente, no hay nada más que permitirles a los segundos fluir. Recuperar la fuerza. ¿Qué rayos es la fuerza? Alzar la mirada al cielo y permitirle espacio a la inutilidad. Bajarle al volumen de la exaltación. Aprender a decir con claridad lo que necesito, de modo lógico y racional. Caminar de lado, lento y articulado como los cangrejos.

Inhala. Exhala. Punta. Flex. Las patas de los cangrejos parecen los dedos de un pianista que pulsan las teclas precisas con exactitud. Caminan de lado, como oprimiendo las teclas de una computadora, como una mujer que se va moviendo de lo pequeño a lo más grande. Vivimos rodeados de circunstancias que, por mucho que nos desesperemos, no se desarrollan a nuestro gusto y tiempo. No. No voy para adelante; tampoco en reversa. Voy de lado, entre el recuerdo y el porvenir.

Pensé si debía comprar una pecera para rescatar un cangrejo y que me hiciera compañía. Francamente, la idea me pareció desconcertante, casi indecente. ¿No era eso en lo que estaba pensando cuando me caí?



Ilustraciones por Karla C.


CURSO DE
ANTROPOLOGÍA LITERARIA
Para más información escríbenos:
CONTACTO@PORESCRITO.COM
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Fuji-san es guapo (y muy tímido)

Andrea Fischer

Me dijeron que el monte Fuji es tímido. *Fuji-san* (富士山), me disculpo, como le dicen reverencialmente los japoneses. Y no lo creí: bajo la influencia del Popocatépetl, el volcán iracundo que corona a la Ciudad de México, me era imposible pensar que el pico más alto de la isla principal no fuese protagónico. Con algo más de 3 mil 700 metros de altura, y su imagen impresa en cada esquina de Tokio, es difícil imaginarle tras bambalinas.

Pero es real. Incluso los locales saben que el Fujiyama —como se aludía al monte antes de la era Meiji (1868 - 1912)— a pesar de ser un estratovolcán activo, pocas veces se deja ver. Es tan tímido, documenta la *National Geographic Society*, que la última vez que entró en erupción fue a inicios del siglo XVIII. Conocida como la erupción de la era Hōei, parece que marcó el punto final en las exhalaciones furiosas de la montaña sagrada. Desde entonces, como aquellas personas que viven entre sus faldas, ha permanecido en un silencio meditativo. Hasta ahora, al menos.



De cualquier forma, prácticamente cualquier ruta de crucero comercial hace una parada necesaria en Shimizu, un poblado puortario en la prefectura de Shizuoka, para visitar el lugar desde donde el volcán se puede admirar en toda su gloria. Además de lugares con ōnsen, o aguas termales tradicionales, en el pueblo no hay mucho que ver. La idea es tomar un tren, nos explica una mañana la capitana de meseros del Celebrity Millennium, que nos lleve al lugar desde donde la montaña se puede apreciar en todo su esplendor. Decidimos seguir su conejo.

En realidad, explica el Ministerio de Turismo de Japón, hay al menos 30 localidades en toda la isla principal desde donde el Fuji puede admirarse. Cada una, por supuesto, con su particularidad: incluso desde la Torre de Tokio, en un buen día sin contaminación, se aprecia la silueta solemne del volcán, cada vez menos vestido de blanco por la crisis climática. Los japoneses sienten tal reverencia hacia su coloso, que construyeron líneas de teleférico con el único propósito de mirarlo desde el aire. Tal es el caso de la ruta de Nihondaira, en Shizuoka, que comienza en un cerro pequeño y termina en un santuario de más de 250 años. Porque claro, a los japoneses les gustan los santuarios: limpios, en las alturas, en armonía con la naturaleza.

La ruta del crucero, sin embargo, no estaba diseñada para visitar ese lugar. Salimos de la capital y, después de una semana de cirunnavegar Honshu —la isla mayor del archipiélago— y mirar los Juegos Olímpicos de París 2024, llegamos a Shimizu en la madrugada. Incluso desde tan temprano se puede escuchar el barullo inequívoco de las cigarras, que inunda las calles y los pensamientos de los transeúntes. El calor es igualmente inescapable: con 37ºC a las nueve de la mañana, en la época estival vale la pena cargar una sombrilla, una botella con electrolitos y ropa ligera. Bajamos del barco y compramos boletos para Shizuoka, donde se encuentra el Centro del Patrimonio Mundial del Monte Fuji. Nunca me imaginé que así empezaría un peregrinaje.

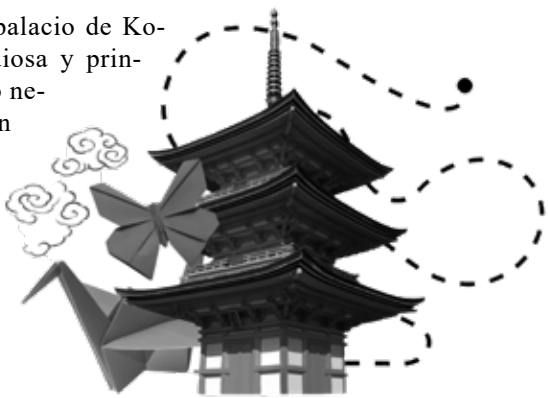
Aquel que divide al cielo de la tierra

El monte Fuji siempre ha estado ahí. De hecho, una de las piezas de poesía más antiguas que se conservan del país, contenida en las *Colección de las mil hojas* (347 a.C.), se centra en la descripción del

monte. Imágenes similares se narran en los relatos más antiguos de la literatura nacional. Desde entonces, el volcán —y sus alrededores— ha sido inspiración de "poetas, pintores, artistas y viajeros durante generaciones", documenta la Oficina de Relaciones Exteriores del Gobierno de Japón.

Sin embargo, no fue hasta que la capital política del archipiélago se transfirió de Kyoto a Kamakura, alrededor del siglo XII de nuestra era, que se dio el estallido de representaciones artísticas en torno al volcán. Acuarelas, teatro, poesía, juegos de mesa, jardinería: el formato era lo de menos. Al cruzarse con la montaña en sus viajes de comercio o asuntos de Estado, se maravillaron con la magnificencia del pico más alto del país. Y lo hicieron sagrado: finalmente, aquel era el punto que dividía al cielo de la tierra.

Para los japoneses, aún hoy la reverencia no cesa: al tiempo que les inspira "un sentido de majestad", señala la institución, también les provoca "miedo y respeto", como cualquier estratovolcán activo. Dado que el monte Fuji ha sido motivo artístico y centro de reflexión filosófica a lo largo de milenios, la UNESCO catalogó al parque natural que lo circunda como Patrimonio de la Humanidad en 2013.



Además, aquel es el palacio de Konohanasakuya-hime, la diosa y princesa que habita en el pico nevado de la montaña. Según la tradición sintoísta, la religión autóctona de Japón, es ella quien mantiene al volcán tranquilo. Para que no que destruya todo a sus pies, los japoneses le han construido múltiples templos, conocidos históricamente como santuarios Asama (浅間神社), con la esperanza de agradar a la princesa de la montaña y evitar, a través de la oración y las ofrendas, que Fuji-san entre en cólera. El camino para visitar estos templos puede tomar, a pie, al menos una

semana en recorrerse. Por la agenda del crucero, acercarse a estos puntos sagrados no fue una alternativa.

Un peregrinaje al interior

Un arco torii, que tradicionalmente marca el umbral entre el plano divino y el terreno, se erige en la entrada del Centro del Patrimonio Mundial del Monte Fuji. Ubicado en el corazón de Shizuoka, a una hora de la capital en Shinkansen, el tren bala japonés, es una estructura minimalista con un extenso espejo de agua que refleja la mañana nebulosa. Construido por el arquitecto Shigeru Ban en 2017, especialista en origami y estructuras monumentales por igual, el museo consta de una estructura cónica invertida que alude a la silueta del volcán, explica el arquitecto. Al empalmarse con en el agua, crea la ilusión de un reloj de arena.

Un mapa de los santuarios Asama está dibujado a lo largo de la columna central del museo. Es como una invitación a hacer el mismo camino. Al ingresar, se advierte un recorrido de al menos una hora. Quienes no quieran subir a la cima, sugiere la guía de turistas en la recepción, pueden quedarse en la cafetería, *kudasai* (por favor). Además, nos ofrece una audio-guía que puede configurarse a más de 50 idiomas. Aunque existe la alternativa de llegar al punto más alto por elevador, decidimos subir a pie. El recorrido está pensado para que, quienes no pueden emprender el peregrinaje al Fuji, se lleven una impresión de lo que el viaje sería. El museo sigue una línea en espiral hasta la 'cima del volcán', en la que se entretejen tres ejes narrativos.

El primero es la caminata física hasta el punto más alto de la montaña, en la que se muestran los paisajes a través de las distintas estaciones del año. El segundo alude a la "multitud de practicantes del budismo y el sintoísmo congredados en los principales templos y santuarios esparcidos por los pies de la montaña", según lo describe el Ministerio de Turismo japonés. El tercero, un recorrido histórico, pictórico y político a través de la montaña, como un ancla del inconsciente colectivo japonés.

Este 'falso ascenso' al Fuji se siente como un peregrinaje al interior. Primero, porque literalmente estamos inmersas de un espacio museístico. Pero también, como sucede en Japón, el recorrido invita a los visitantes a mirar hacia adentro: no hay más luz que la de las pantallas

interactivas, que pasan videos del ascenso a la cima y despliegan los rostros de *boddhisatvas*[1] y *shogunes*[2] que pisaron las faldas del volcán. Todos ellos le mostraron su respeto a la montaña. Si se presta atención, aún se pueden escuchar sus pasos.

***Fuji-san* es guapo (y muy tímido)**

Después de caminar durante casi una hora a través de las galerías escondidas en las entrañas del museo-volcán, finalmente llegamos al punto más alto. En el quinto piso, hay una sala de observación panorámica que, de acuerdo con Ban, "ofrece una vista impresionante del verdadero monte Fuji, que cambia de expresión de un momento a otro". Incluso hay telescopios enfilados a lo ancho del ventanal, para poder observar la fas del volcán con todo lujo de detalle.

No es para menos. A veces, Fuji-san se viste con una yukata[3] de nubes. En ocasiones, se adorna las faldas con cigarras y *yōkai*, espíritus del bosque. Cuando la situación lo amerita, usa un *kimono*[4] de *sakuras*, cerezos en flor. Al centro del observatorio, hay una banca. Y solo eso: no haría falta mucho más, porque la vista del volcán sería suficiente para llenarse de los ojos. Desafortunadamente, no logré ver su rostro.

Frustrante, sí: viajar más de 11 mil 300 kilómetros distribuidos en avión, barco y varias estaciones de tren para no ver el volcán es, por decir lo menos, lamentable. Pude ver más de él en la memorabilia de cada destino, cada tiendita de recuerdos, cada pantalla de Japón que en el museo de sitio dedicado a venerar su majestad. Pero también es predecible: las mañanas veraniegas en Japón tienden a ser nebulosas y, como ya me habían advertido, Fuji-san es guapo (y muy tímido). Quizás, también, es coqueto y se esconde a manera de invitación, de promesa: tal vez, a la próxima sí se deje ver.

1. Aquellas personas, maestrxs o líderes espirituales que alcanzaron la iluminación, siguiendo la tradición del budismo zen japonés.

2. Líderes militares que gobernaron el archipiélago desde el siglo XII hasta bien entrado el siglo XIX, a manera de los señores feudales occidentales.

3. Vestimenta tradicional japonesa de algodón, que se usa principalmente en los festivales de verano y a través de los meses cálidos del año.

4. Prenda ritual japonesa en forma de T, que envuelve al cuerpo de la persona en forma rectangular. Generalmente, se usa en galas y ocasiones especiales.

ADD-ONS

El agua de manantial del monte Fuji se introduce en el centro y se utiliza como fuente de calor para el aire acondicionado, y luego se canaliza hacia el estanque reflectante que se encuentra frente al edificio, lo que transmite arquitectónicamente el ciclo del agua en el monte Fuji.

Pero así son los japoneses: subliman todo a su extremo más elevado.



Ilustraciones por Diana Sanchéz Trejo

La cartaginesa

Cecilia Durán Mena

Ojalá hubiese tomado esa fotografía,
pero el pujo odioso de pudor y prudencia me lo impidió.
Ojalá hubiese escrito esos versos en el mismo momento,
pero el sueño me venció.



La vista curiosa penetró por el ventanal,
entró sin ser convidada.
Una trama germinó en la mente,
echó raíces en el cerebro sin pedir permiso.

Vi a la cartaginesa sentada en un sillón sencillo, rodeada de cojines,
estaba tranquila e imperial en la sala de su casa.
La negrura de su rostro se iluminaba con la luz tan blanca del televisor.
La piel brillante contrastaba con el halo que la rodeaba.

Un pañuelo color alba recogía toda la cabellera,
el vestido de algodón en tono perla la envolvía desde la clavícula hasta el hueso del tobillo.
Los brazos, delgados discurrían a los lados. Las manos reposaban sobre el regazo.

Miraba absorta la telenovela mexicana,
el vaivén del pecho era lento.
El aire entraba sin prisa por la anchura de esas fosas nasales,
salía con suavidad por la enormidad de esos labios turgentes.
Las líneas en el mapa de su rostro revelaban millones de millas náuticas recorridas.

Era esa hora del atardecer, en la duermevela del calor de Cartagena.
Compartimos, tal vez sin querer, la ensoñación de una trama.
Germinó entre la paz de su estancia, el bullicio del barrio y las notas adulzadas del ballenato.

No sé bien por qué, pero me detuve a media calle para contemplarla.
La espié sin el menor recato y ella ignoró mi presencia con el disimulo de saberse vista.

Elevé la mano para enfocar la mejor fotografía.
Deslicé los dedos por la pantalla para conseguir el ángulo ideal.
Ahí estaba el recuadro inmejorable.
No me atreví.

Pasó el instante y se diluyó en el tiempo.
Entró la brisa del mar, agitó aquellas cortinas.
Me digo que no fue cobardía, sino sensatez lo que me impidió tomar la foto.
Tal vez sí fue cobardía, más que respeto.

Claro. Se acinó la historia en los rincones de la memoria.
Vi a la cartaginesa, ella a mí no. Es la verdad.
Me ignoró sin recato. Una turista más, una más, pensaría. O, no.
O, la propia acción en la telenovela mexicana la tuvo absorta. Ni cuenta se dio.



Me la llevo toda entera en ese instante.
La cartaginesa mira la telenovela mexicana.
La mexicana escucha el clic.
Otra turista captura la fotografía de una mujer que mira a otra.

Revista *Por escrito* te invita a su curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



Gato alado, Irina Tall



Vigilante, Itzayana SGC



Desconocido interior de ruinas de Cabo Espichel,
Carlos Henrique Batista da Costa



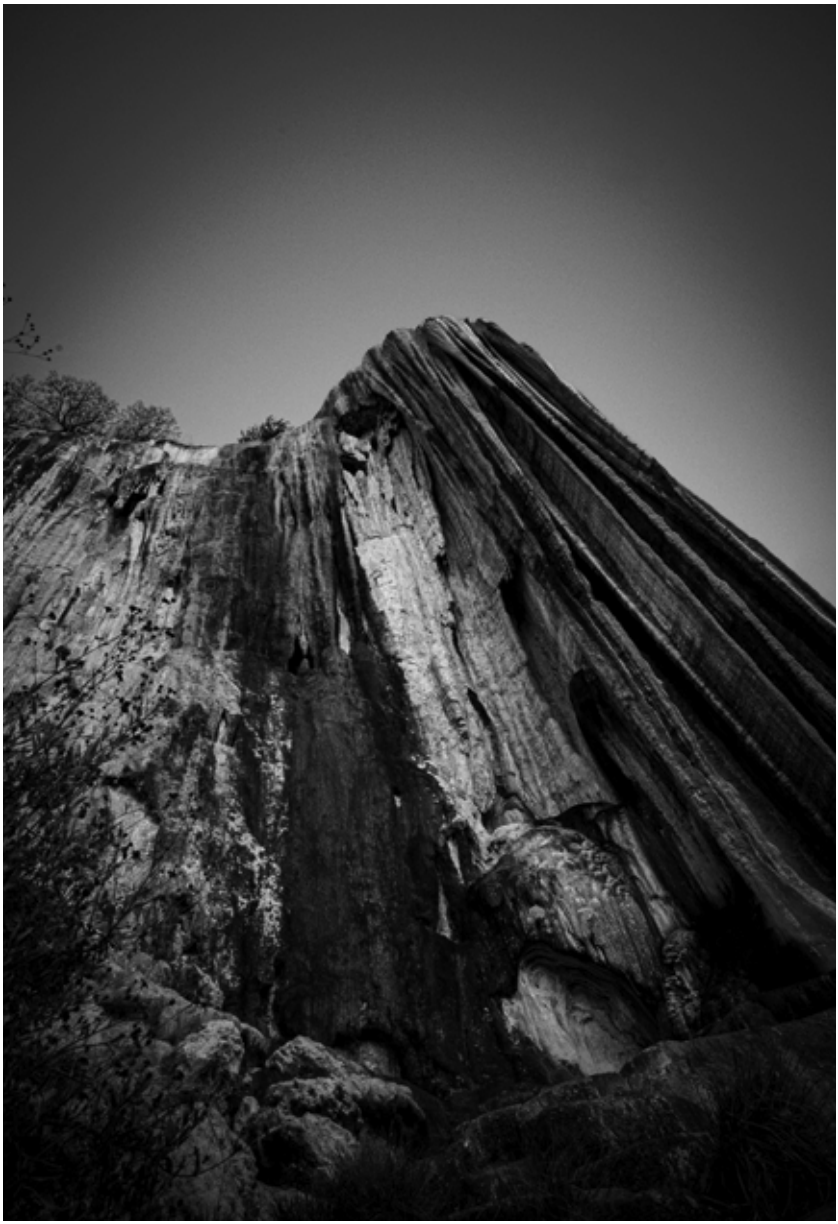
Claro de luna en S
Carlos Henrique



esimbra, Portugal,
Batista da Costa



Sin título, Dayana Hernández



Sin título, Santiago Hoyos

Amapola Pt. 2

Alejandro Avila

Por su afinidad con las flores, no pocos fueron los sabios que al inicio, luego de haberla visto en visiones, la llegaron a confundir con la diosa griega Cloris, mismos que a raíz de eso llegaron a teorizar que, en realidad, los dioses griegos eran infinitamente más antiguos de lo que se creía y que, de hecho, pudieron incluso haber tenido su origen fuera de la propia Grecia; sin embargo, cierto es que ella, pese a sí estar ligada a Cloris de alguna manera, supuso ser una entidad completamente distinta. A diferencia del niño, ella no era una híbrida; era una de esos llamados Primordiales creídos dioses, nacida por sí sola al igual que Tzumogh, Yv'oht y otros tantos seres.

Antes de existir había solo destellos; imágenes borrosas de algo tan inmenso que nadie jamás podría descifrar su forma, pero que a su lado el universo no sería más que un simple grano de arena en los desiertos cercanos a Rhishbut; luego todo volvía a ser negro. De entre la oscuridad, frente a ella, poco a poco, una luz surgía, hasta que pronto estaba tan cerca como para cubrir por completo su campo de visión; era el cielo.

Apareció recostada sobre un campo de flores, abundante en amapolas, que rodeaba a un pequeño oasis en medio del desierto, alejado de todo y de todos. Había nacido con el don de la lengua, el del pensamiento, el del sentir y otros más; era en esencia una humana, pero esta esencia no lo era. No comprendía nada. Parecía solo haber sido puesta ahí.

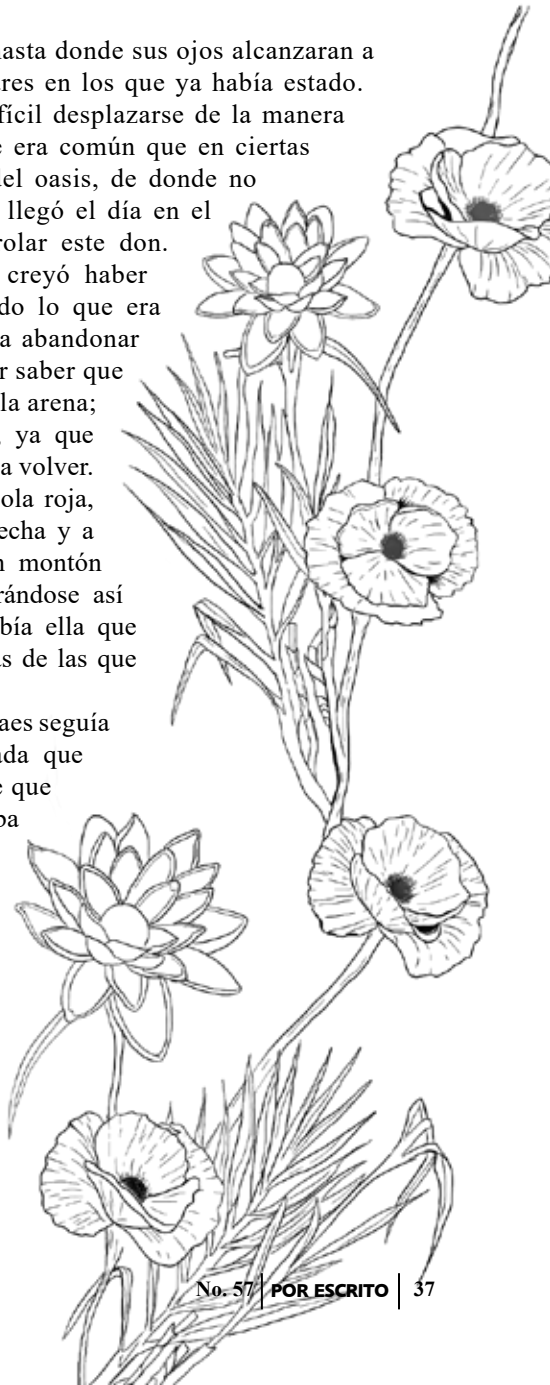
Se había levantado y pronto percatado de que mientras caminaba hacia el pequeño estanque en medio del oasis aparecían flores por donde sus pies habían estado como si de huellas se tratasen; esto le hacía mucha gracia. Una vez frente al agua vio su reflejo. Era ella.

Pavaes no tardó en darse cuenta de que, así como las que dejaba al caminar, podía crear intencionalmente flores con las características que se le vinieran a la mente, aunque lo que más le gustó de todo lo que empezaba a descubrir que podía hacer, fue que

podía moverse a su antojo hasta donde sus ojos alcanzaran a ver, o en su defecto, a lugares en los que ya había estado. Al comienzo le era muy difícil desplazarse de la manera en que lo hacía, por lo que era común que en ciertas ocasiones terminara lejos del oasis, de donde no salía casi nunca, hasta que llegó el día en el que finalmente logró controlar este don. Pasó el tiempo, y cuando creyó haber dominado por completo todo lo que era capaz de hacer, se dispuso a abandonar el oasis; tenía curiosidad por saber que era lo que había más allá de la arena; no le preocupaba perderse, ya que después de todo siempre podía volver. Arrancó del suelo una amapola roja, la colocó entre su oreja derecha y a las afueras del oasis, en un montón de flores, se esfumó, adentrándose así al infinito desierto. Poco sabía ella que había unas cuantas cosas más de las que desconocía ser capaz.

Varios días pasaron y Pavaes seguía vagando. No había más nada que arena. Ella era consciente de que podía volver, pero se negaba a hacerlo, pues se aferraba a la idea de que algo allá afuera habría; no podía ser ella la única en el mundo. Avanzó y avanzó; no necesitaba comer ni beber; descansaba solo durante las noches, o cuando estaba ya exhausta.

Una tarde ella se encontraba, como era de esperar, caminando hacia



ningún lado, cuando entonces vio en el horizonte una suerte de faro etéreo que brillaba a la distancia; una inmensa luz espectral que titilaba como las estrellas que comenzaban a asomarse arriba suyo; era Rhishbut. Estaba muy cansada como para desplazarse hasta allá, así que corrió y corrió hasta que la noche la alcanzó. No podía seguir más; tenía que descansar. Llegó a una duna, y una vez instalada ahí, comenzó a recoger las flores que sus propios pies dejaban para cubrirse con ellas del frío nocturno. De pronto algo ocurrió; una sensación; una presencia; algo similar a ella la miraba desde el otro lado de la duna. Giró hacia donde sentía a ese otro ser y vio, por primera vez, al pequeño Le'aghk. Cuando el niño empezó a gritarle a la otra persona que estaba frente a él, Pavaes no supo que hacer; desapareció de la duna y volvió al oasis aterrada, nerviosa y emocionada al mismo tiempo. No estaba sola en mundo.

Pasaron los días, las semanas, los meses; no hubo ni un solo día luego de haberlo visto en que no estuviera a su lado. La segunda ocasión en que lo vió prefirió irse, pues eran muchas las personas que ahí se encontraban; pero para la tercera, cuando el niño parecía estar triste por no estar acompañado, se quedó con él, y por primera vez Pavaes habló.

Con el pasar del tiempo, de él se enamoró; luego de oír su historia no quiso dejarlo solo nunca más; ambos eran iguales. La lastimaba el hecho de que de ella no se acordase luego de irse, sin saber que de hecho era la culpable de aquello, pues una de las tantas cosas que desconocía de sí misma era que, con solo mirar a alguna persona, condenaba a esta a olvidarla por completo una vez desapareciera… o así se suponía que debía de ser.

VI

Al día siguiente, Le'aghk volvió a la orilla del Nilo con el tallo de la amapola, cuyos pétalos se había comido, en su mano; la idea de Pavaes había funcionado.

Los días, semanas y meses que juntos habían compartido pronto se convirtieron en años, durante los cuales la joven le daba amapolas azules cargadas de su esencia al chico, para que así este la recordara en todo momento.

Ninguno de los dos sabía que hacer esto la mataba.

VII

Desde entonces, poco a poco el oasis parecía tener cada vez menos flores; daba la impresión de consumirse por sí mismo, como si de alguna manera este estuviera siendo drenado. Por cada amapola azul que Pavaes le daba al chico, varias ahí se marchitaban; ella no lo notaba.

El tiempo pasó, y ya débil por la pérdida de flores, comenzó a sufrir ataques en donde perdía el equilibrio, se le nublaba la vista y empezaba a sentir que partes de su cuerpo le eran arrancadas como flores cortadas del suelo, sin que nadie siquiera la tocara, y en la negrura que a sus ojos cubría aparecía cuál destello aquel interminable y absoluto ser que había visto momentos antes de entre las amapolas surgir; la llamaba, abriendo y desgarrando cada rincón de su mente; le hablaba, pero al ser todo tan breve no distinguía ni una sola palabra. Para cuando volvía en sí, más eran las flores marchitas; de esto ya muy tarde se había percatado. Los ataques cada vez eran más frecuentes, y al término de los mismos se preguntaba cuantos más podría resistir; sentía que no le quedaba mucho tiempo.

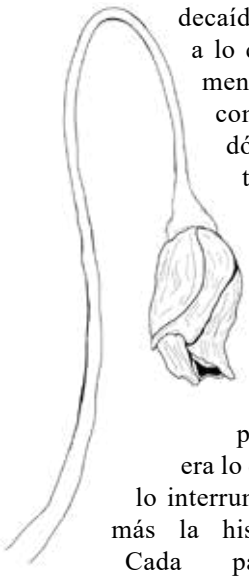
A Le'aghk nada le decía, se lo ocultaba tan bien que a sus ojos parecía estar igual que siempre y lo hacía para no preocuparlo. Creía que podía disimularlo, al menos hasta que llegara el día en el que ya no quedara ni una sola flor; se negaba a simplemente dejar de darle amapolas azules al chico, ya que tal era el amor que hacía él sentía que prefería lastimarse a sí misma con tal de que de ella no se olvidara, después de todo, sus sentimientos, el uno hacia el otro, eran mutuos; estaba segura por completo de que si le decía lo que estaba pasándole, el chico estaría dispuesto sin dudar a renunciar a todos esos bellos momentos que a su lado había pasado para que así ella no muriera; lo sabía a la perfección.

Entonces el día llegó.

Pavaes miraba aquel pequeño montón de flores que alguna vez había sido un bello campo; ese sería su último día en este mundo y ella lo sabía. Podía simplemente quedarse y proteger a capa y espada lo que le quedaba; podía simplemente quedarse ahí a esperar a que a la mañana siguiente Le'aghk de ella se olvidara; no, no podía. Él a ella no la recordaría, pero ella a él sí.

Se levantó del suelo, giró su vista hacia ese antes hermoso estanque en donde varias veces había nadado, el cual entonces se encontraba seco, y luego de despedirse del lugar que la vio nacer,

partió por última vez al Nilo. A su paso ya no dejaba más flores, y al desaparecer, lo hacía sin más.



El chico estaba esperándola como siempre. La notó decaída, por lo que le preguntó que si se sentía bien, a lo que ella respondió con una linda sonrisa claramente forzada; Le'aghk había interpretado aquello como un «no». Insistió e insistió, pero Pavaes guardó silencio y sin pensar se acomodó de frente entre el hombro del chico, en una suerte de abrazo en donde ambos tenían los brazos hacia abajo. Le'aghk estaba confundido, sentía que en definitiva algo le estaba ocurriendo. Ambos se sentaron sobre la arena, mirando de frente el lugar en donde él la había visto por primera vez. El chico la miraba preocupado, mientras que ella solamente miraba al frente. Estuvo a punto de preguntarle de nuevo que sí que era lo que le ocurría, cuando de pronto ella lo interrumpió; le pidió que le contara una vez más la historia de Phoro.



Cada palabra que de la boca de Le'aghk salía hacía que Pavaes recordara todos esos preciosos instantes que con él había pasado; todas las historias que se habían contado; todas las cosas que juntos habían hecho; todo lo que se habían dicho. Estaban sentados uno a lado del otro frente al atardecer a las orillas del río, igual que como cuando eran niños; eran un reflejo de sí mismos, solo que ya crecidos. Su historia estaba por acabar; la historia de Le'aghk y Pavaes. La chica empezó a llorar en silencio, mientras que el chico le relataba mirando al cielo.



Sobre él se abalanzó. Ella lo besó; el joven permaneció inmóvil.

Su vista se nubló. Comenzó a escuchar ruidos indistinguibles; sonidos mecánicos que retumbaban en el todo. Era él; El C…

Le'aghk gritaba desesperado; pedía ayuda a la gente de la distante Rhishbut, pues de un momento a otro, Pavaes se había desplomado, y entre sus brazos se encontraba convulsionando; estaba muriendo.



…que con la luz de sus ojos, tan inmensos y brillantes como miles de millones de supernovas apiladas unas sobre otras, parecían estarla viendo directamente. El sonido era tan hórrido y lo que distinguía ver era, pues, muchísimo peor; lo que vio fue…

El chico dejó salir un grito con su frente pegada a la de ella, pues parecía querer decir algo, pero lo único que salía de su boca eran gritos agónicos que destrozaban por completo su garganta. En su último momento de lucidez, Pavaes levantó su brazo, y con las pocas fuerzas que le quedaban formó una última amapola de color azul; el oasis se había marchitado por completo. Le'aghk vio como frente a sus ojos la chica desaparecía, envuelta en un montón de flores que caían al suelo, pero que a diferencia de como solía ocurrir, no desaparecieron; cayeron todas sobre la recién creada, misma que al instante buscó; la tomó entre sus manos con cuidado. No sabía que era lo que ocurría. Todo había sido tan rápido que no comprendía que era lo que a Pavaes le había sucedido, y mucho menos, la razón por la que así sin más había desaparecido; no le dio importancia al hecho de que las flores frente a él no desaparecieron; no se le pasó ni por un segundo por la mente la idea de que la chica hubiera muerto.

Se puso de pie y dejó salir de un solo grito toda la frustración e impotencia que guardaba en su interior; cayó sentado sobre la arena. Miró el sol, poniéndose frente a él, se quedó callado un momento, y entonces miró la amapola que sostenía. Comenzó a creer que alguna respuesta en ella encontraría una vez que se la comiera; supuso que había alguna razón por la que, aun sufriendo, Pavaes se había esforzado en crearla. Suspiró, y al cabo de unos segundos, los pétalos de la flor se comió, sin saber que las propiedades que solían estas tener habían desaparecido junto con ella. Nada ocurrió.

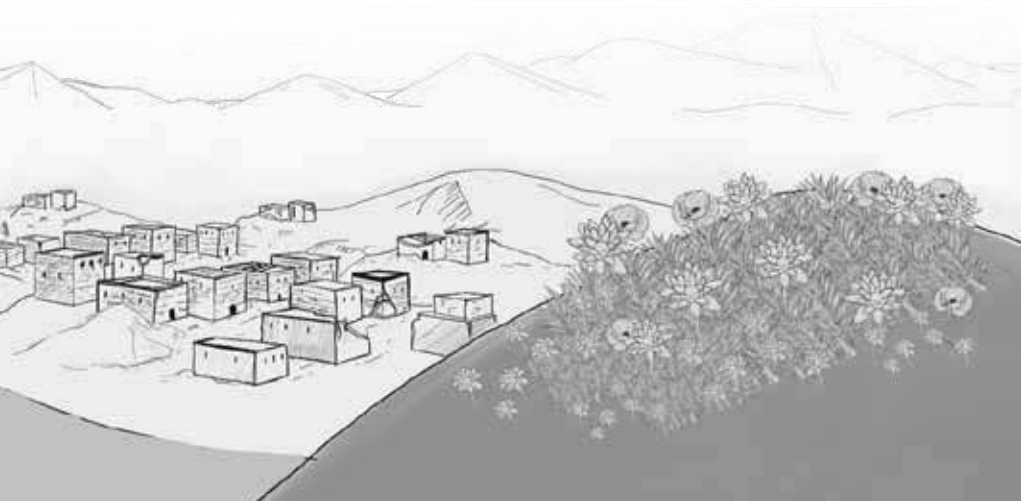
La mente de Le'aghk pronto se derrumbó sobre sí misma, justo cuando la amapola del día anterior había dejado de surtir efecto. Pavaes nunca había existido; recordaba solamente un día ser un niño y luego, de alguna manera, ya no serlo. Había olvidado por completo gran parte de su vida; sus recuerdos conflictuaron dentro de su cabeza a tal punto en el que su propia mente se volvió inestable; sentía miedo, confusión, y por alguna extraña razón, ira; muchísima ira. Su psique había sufrido pues un terrible e irremediable daño; los miles de recuerdos que él tenía en tan solo un segundo desaparecieron, aunque las emociones que estos le provocaban seguían estando ahí. Su mente se esforzó tanto en atar cada uno de los cabos al mismo tiempo que se destruyó a sí misma. La negra anomalía estaba por

despertar, dando inicio así a la trágica debacle de Rhishbut.

Desde esa noche, él sería conocido por muchos sabios, historiadores y antropólogos que algún día llegaron a bajar a las ruinas de la arcaica capital egipcia como Le'aghk Voracido.

Algo tan horrible y espantoso había visto Pavaes que había preferido dejar todo de sí en una flor para así morir lo antes posible; aquella última amapola en realidad nunca fue para el chico.

Ilustraciones por Max Adame



Senectud o sobre gerontología

Simona Galdina

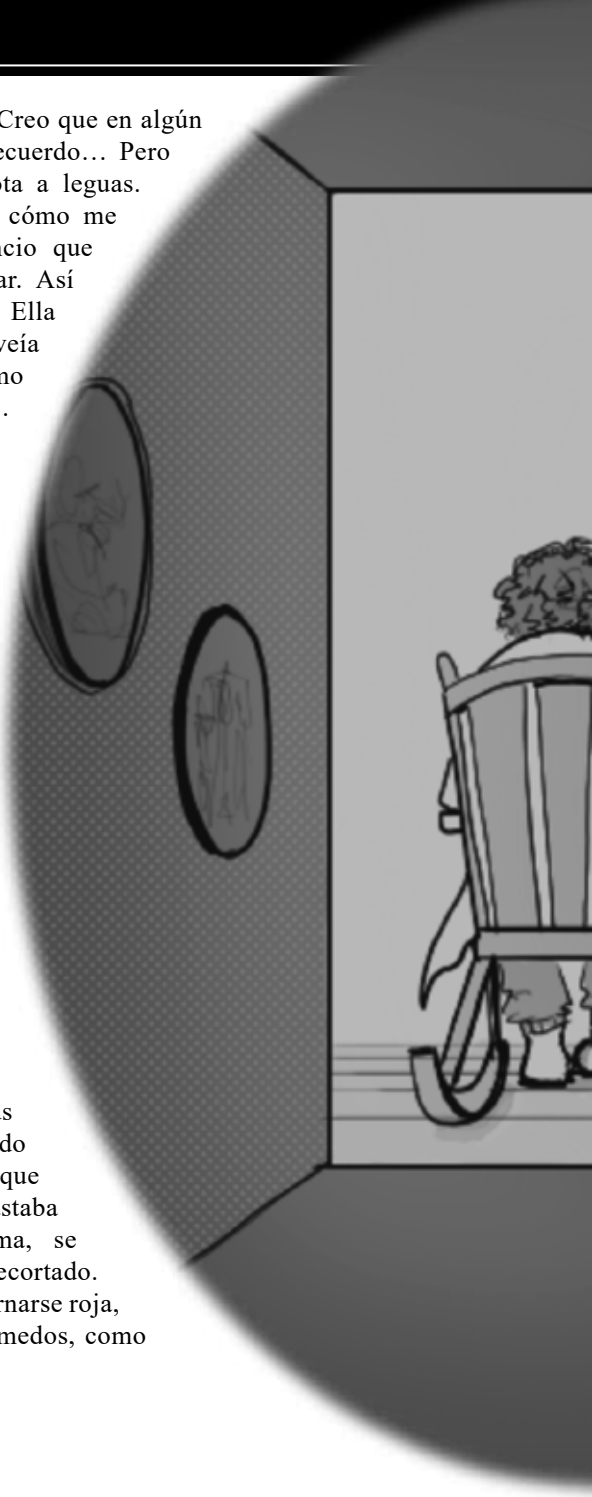
—Hoy es mi última noche viva. Mañana moriré. Los sueños me lo han dicho… Será apenas el sol despierte. No sé si será doloroso, pero desearía que así lo fuera. No quiero no sentir nada. Quiero sufrir, quiero sumergirme en mi dolor, quiero consumirme en un umbral de temor y paranoia que me deje sin aliento, que me deje seca de vida: así quiero morir, y así debe ser… Mi vida está vacía. El andar de mi tiempo carece de esencia; está lleno de un vapor amargo disfrazado de hábitos verosímiles y prescindibles. No puedo recordar cuándo empecé a sentirme de este modo. Creo que así fue siempre. Aquella idea parece estar arraigada a mi existencia desde mi nacimiento, quizá desde antes... Las personas me son ajenas, y yo a ellas. Yo lo soy. Yo soy ajena a todo y a todos. Soy incapaz de sentir algo más que esta extrañeza que se me filtra por cada poro, en cada orificio corporal, en cada color, en cada olor, en cada sonido. Ahí está: nada, absolutamente nada. Ni el menor rastro de algo, ni un mínimo deje de sentimiento. Los sueños son lo único que me queda, y llamarlos sueños es un decir, pues para soñar hay que dormir, y cuando uno duerme, descansa. Pero yo no lo hago. No descanso. Son apenas visiones que toman lugar cuando cierro los ojos por la noche, hasta que los vuelvo a abrir a la mañana siguiente… Al principio parecían una coincidencia, pero cada vez fueron más recurrentes, más vívidos, más trágicos… Hasta que se volvieron incontenibles. Ya no había duda: era mi destino. Tengo que morir… Ahora, en mi agonía, recuerdo todo lo que hice y lo que me faltó. Nunca viví mal, pero tampoco bien. Entonces, tal vez, nunca viví. Sabía que la muerte era inevitable, mas creía que también lo era vivir… Qué equivocada estaba…

La mujer frente a ella la veía extrañada. El ceño se le fruncía con cada palabra que emanaba de la boca de ella. Tal vez no le creyera, o tal vez sí, y tal vez eso fuera peor. “Pobre de ti, pobre mujer, aún debes de estar sumergida en esta gran cuenca de contradicciones llamada vida”, pensó ella.

—… No me creen, y lo entiendo. No me creen, y no me siento. No me creen. Nadie me ha creído. Hay veces que ni yo me creo. No

hay certeza de nada en mí. Creo que en algún momento lo hubo, no lo recuerdo… Pero ellos están peor, se les nota a leguas. Se les ve en su mirar, en cómo me responden con aquel silencio que suelen usar al oírme hablar. Así son todos, hasta mi hija. Ella también se callaba y me veía con angustia. Sí, así como ahora me ven los demás… No me entendía e intentaba distraerme, pero fallaba. Siempre fallaba. Fallaba como yo le fallé a ella. Siempre le fallé. Le fallé cuando me contaba que su papá la odiaba. Le fallé cuando me dijo que su esposo no la amaba. Le fallé cuando me dijo que su hijo murió. Le fallé cuando me decía que estaba triste, que ya no podía dormir. Le fallé cuando se compró todas esas pastillas. Tantas veces le fallé… y ella se fue…

Un silencio se hizo presente, invadió la atmósfera, y la mujer de enfrente comenzó a llorar. Sus manos arrugadas taparon todo su rostro, del mismo modo que lo hacen los infantes. Aplastaba su rostro contra sí misma, se sofocaba y resoplaba entrecortado. Su cara pálida comenzó a tornarse roja, sus ojos volvieron a ser húmedos, como





ya no ocurría, y por fin sus fosas nasales ya no estaban secas. Sollozaba.

—… Usted también ha tenido esos sueños, ¿verdad?... Ya lo sabía. Lo supe al verla, y es por eso que me acerqué a usted. Son esas grandes ojeras que usted tiene, oscuras y marcadas; así también están las mías, de tanto huirles a esos sueños… Pero hoy se termina todo. Mañana ya no estaré más. Nadie me recordará, y yo tampoco recordaré a nadie. Eso quiero... quiero por fin irme. Quiero dejar de soñar. Quiero sufrir por última vez y morir. Quiero morir. Sí, eso quiero... Quiero morir.

La mujer de enfrente se fue alejando poco a poco, hasta que se perdió con la distancia. Ella volteó y miró a ese hombre joven del que ya no recordaba su nombre. Él le jalaba la silla de ruedas. El tirón la agitó y, nuevamente, intentó buscar a la otra mujer en la lejanía, pero ya no estaba; tan solo había un gran espejo en su lugar. Entonces, se conformó con la sonrisa de aquel mozo que vestía de blanco: camisa blanca, pantalón blanco, zapatos blancos y una bata blanca con el nombre bordado en azul: "Dr. Joaquín Santa Ana – Asilo Estatal".

Ilustraciones por Kevin Romero

Los muebles de la casa

Fernando Vega

La lámpara está enferma de no darte y mostrarte su luz. La estufa ya casi desmaya de no poder darte todo su calor. La silla está triste de no sentir tu peso, que es peso de amor. El espejo está esperando ver tu imagen y espera tu opinión. El closet se siente muy hueco por no gozar de tu bello humor. El baño espera darte fuerza y que te sientas mucho mejor. La cómoda ya no guarda nada, donde había perfume y candor, el hombre sostiene la calma, con promesas, promesas de amor. Y mientras el tiempo pasa, desmaya por no lograr su intención y, por muy bien planeada su suerte, no deja de sentirse atroz y solo está esperando con máxima fe ¡a que regrese su amor!



Ilustraciones por Juan Pablo Mena

Cuidados

José Emilio Gómez Vásquez

Cuidados Olvidos supo que lo habían matado mucho antes de muerto. Lo sintió en la panza, con un retortijón que le hizo caerse al piso, derramando el café de aquella mañana. No lo confundió con una patada en el vientre, pues aquel golpe estaba lleno de tanto rencor, que debía ser impropio de alguien que aún no había visto el mundo. No deseaba ni pudo llorar, ya habría toda una vida para llorarlo después, pensó y quiso creer. En Copan no volvería a llover, ni las golondrinas iban a volver. La música habría de extirparse del pueblo, hasta el día en que el hijo de Cuidados habría de tocar su primera guitarra, prohibida y escondida por su madre, la tarde en que las primeras gotas, volvieron a caer.

Fue por aquellos tiempos inciertos, donde la guerra se hacía por el simple hecho de hacerla, cuando Cuidados llegó al pueblo con un niño cargado en un rebozo, y un par más tomados de su mano, para reemplazar a la antigua maestra, quién había muerto de tanto esperar, aunque nunca nadie supo qué. El más grande de sus hijos llevaba por nombre Tadeo, era alto, flaco y no tenía un solo rasgo que hiciera pensar que Cuidados era su madre. En realidad, lo había encontrado abandonado frente a la Catedral de San Judas Tadeo, el día en que se convirtió en maestra. Aceptando su alegórico destino, no dudó en tomar al gigantesco bebé por los brazos y cuidarlo como suyo. Oculto desde un árbol, el padre se arrepintió al observar a la niña que se acercaba al recién nacido, pero sus piernas no se movieron, y él siguió una vida tragándose su amargura. Pedro y Bondades nacieron a los pocos años, más por la voluntad de darle unos hermanos a Tadeo que por el deseo de hacer una familia. De los padres no quedaron ni los nombres y Cuidados nunca encontró el tiempo de lamentar su desdicha. Fue así como a sus veintitrés años, la joven pandilla se lanzó a los bordes de la sierra, sin más maletas que las cobijas, y la promesa de una escuela.

«Esto debe ser obra del diablo», dijeron los murmullos en la calle de los tulipanes. No podía ser más que una mala broma de parte del señor

gobernador, enviar a una solterona con hijos al respetable pueblo de Copan. La noticia causó tal revoltijo, que el cura Desgracias reunió a un pequeño grupo de fieles seguidores y presentó sus quejas frente a la municipalidad. Don Justicio Quijada, gobernador, dueño del único bar y de las tierras fértiles de alrededor, se encontraba sentado rascándose la cerilla con la punta de un alfiler.

—Sabes bien que es una bruja —dijo el cura.

—Ya estás grande para esas —contestó Justicio con los ojos cerrados.

—Es mujer, joven, con hijos y sin aparente esposo.

—¿Y qué, te quieres jugar la castidad?

—No diga tonterías Justicio.

—Sálgase antes de que a mi fusil se le ocurra decir otra.



Desgracias había dado el portazo hecho una furia cuando una bala se incrustó al costado de la puerta. El grito de espantó del cura le causó tanta alegría a Justicio que pasó toda la tarde riendo, aún en los sueños de su siesta.

Cuidados dirigió la escuela con la voluntad de plomo que habría de caracterizarla hasta la muerte. Dura pero bondadosa, se ganó el corazón de los habitantes del pueblo. Después de todo, era una de aquellas personas tan sencillamente buenas que uno no tenía cómo no quererla. Vivía subiendo el monte, en una casita construida cuando se hubo disipado el mito de que comía niños y hacía caldo de iguana con sus entrañas. Bajaba todos los días, de blanco, con un rebozo púrpura y el cabello recogido en un chongo que dejaba caer sus cabellos oscuros, nunca se le vio sonreír poco, pero tampoco demasiado. Los domingos de misa se quedaba en casa, no soportaba la religión, pero para disipar las dudas de su dudosa fe, siempre llevó una crucecita de plata colgada del cuello. Cuidados pasó a ser llamada «Maestra», y quien aún recuerda, olvidó que alguna vez llegó una tal Cuidados a Copan.

Fue por los calores de abril cuando volvió al pueblo Risueños

Sotelo. Llegó como se fue; polvoroso, en harapos, barbón, escuálido y jubiloso. En su mochila llevaba el fusil que nunca dio al blanco correcto, su guitarra medio maltratada y un par de pesos, todo lo que le había dejado la victoriosa revolución. Al desmontar de su caballo, se dio con la sorpresa de que nadie se acordaba de él. Sin familia y con todos sus conocidos muertos por causa de sus principios, se sentó en el único banco de la única plaza que había y se dispuso a cantar. Fue en el vigésimo acorde de la noche cuando la vio. Caminaba de vuelta a su casa, con los tres chamacos agarrados de la mano. No supo su rostro, ni su nombre, pero no quiso beber, ni fumar, ni pensar algo que no fuera ella.



Al día siguiente, apoyado en el muro pelado de la escuela la esperó a la salida. Tenía un ramo de flores marchitas en la mano y un par de frases encantadoras memorizadas en los labios. Y no se había ni quitado el sombrero cuando, al salir, ella pasó de largo. Risueños Sotelo supo, sin siquiera saber lo que era el amor, que estaba enamorado. Aquel encuentro fue el primero de los muchos intentos de Risueños por hacer notar su presencia. Recordando los poemas recitados por su coronel, dejaba en pequeños papelitos de colores los versos. Pronto, Cuidados encontró la poesía escondida en las botellas de leche, en el alféizar de su ventana, y hasta en el agua que sacaba del pozo. Fue también por aquellos meses que Risueños acostumbró también a llevar su guitarra a la escuela, a fin de acompañar a Cuidados en el camino de vuelta. Le hacía canciones de sus talones, de sus lagañas y de sus arrugas, mientras los niños le hacían de coro y le jalaban de los pantalones a su madre para que le devolviera una sonrisa. Un buen día, harta del pequeño carnaval, Cuidados sacó una pistola de la cintura y disparó a los pies de Risueños, quien no pudo contener su emoción al observar que, en efecto, aquella mujer tenía un sentir.

Cuando las lluvias de julio acabaron y al monte se le podía subir de noche, Risueños se dedicó varias noches a cantarle acostado en el árbol más próximo a la casa, hasta que se quedaba dormido. Cuidados, harta del insomnio, se decidió a trazar un muro que rodeara la casa, con puntas afiladas y vidrios rotos en las cimas. En un atardecer, una

parvada de pájaros se posó sobre el muro, y al unísono comenzaron a cantar las canciones que previamente Risueños les había enseñado con pagos de maíz.

La verdad, él no sabía decir a ciencia cierta aquello que tenía ella que lo dejaba tan loco. En sus tiempos de guerra había conocido a mujeres igual de hermosas, inteligentes y atrevidas, y ninguna se había resistido a los encantos de su voz. Al comienzo esto lo llevó a a pensar que era la negativa de Cuidados lo que le incitaba tanto a seguir . Pero pronto se dio cuenta que no había en la tierra mujer que tomara el agua como Cuidados, ni que moviera las caderas como Cuidados, ni que respirara tan suave y dulcemente como Cuidados. Y supo que estaba, desde la punta de los dedos hasta sus primeras canas, hecho un cuerpo de suspiros. El mismísimo Justicio, que desconocía por qué le tenía tanto aprecio al muchacho, lo intervino en una noche de cantina.

—Ya déjala, si hay mejores viejas.

—No es eso —le contestó cabizbajo Risueños.

—O pos, la agarramos entre varios y te das por satisfecho.

—Cómo crees, si tiene que ser juego limpio.

—Tas loco.

—Y sí, por ella —y juntos, continuaron ahogando sus penas.

Fue cuando la pequeña Bondades dio sus primeros pasos, que Risueños se levantó con una risotada divina. Se vistió propio para la ocasión y salió del establo donde vivía, echándose el morral al hombro. Cuidados no pudo sino reír, al ver que Risueños hacía todo lo posible por entrar en uno de los bancos del salón de clases.



—¿Qué haces aquí?

—Nunca terminé la escuela, maestra —agregó con un tono de malicia.

El alma de institutriz de Cuidados presenció por primera vez en su joven carrera un atisbo de duda. Tras cerciorarse de que, en efecto, no había terminado la escuela, decidió por

fin que el conocimiento era mayor a su voluntad personal. Y aunque si bien se negó a dejarlo entrar a la clase, le dio muchos libros con miles y dificilísimas preguntas para entregar, puntual, la semana próxima. Risueños juntó a toda la tertulia de la cantina, quienes en sus mejores momentos de ebriedad resultaban ser decentemente ilustres. Y fue, tal vez, por el corazón de pollo que tenía por aquel entonces la gracia divina, que lograron terminar a tiempo. Sorprendida, sonrojada, y reprimidamente enamorada, Cuidados no tuvo más remedio que concederle una tarde para tomar el té del naranjo. Él solamente necesitó una.

Copan se escandalizó ante semejante unión. El cura Desgracias se dedicó a pregonar bajo los tiempos libres, que aquella injuria no podría darle sino desgracias al llano. Anunció sequías, tempestades, la muerte de los animales, y por fin, cuando ninguna de las anteriores predicciones se cumplió, la muerte conjunta. Los borrachos de la cantina, quienes al principio festejaron la hazaña de Risueños, creyeron que aquel era tan solo un fingido amor con tal de cumplir sus artimañas. Pero el joven dejó de asistir a la tertulia, y dejó de cantar por las noches, y sus visitas a la cantina se volvieron tan esporádicas y específicas, que el pueblo se olvidó una vez más de él. Por su parte, Cuidados, quien se veía caer en la misma desgracia, debía escupir hasta en sueños los papelitos de colores.

Fue cuando alguna de las predicciones no se cumplió, que llegó al pueblo Injusto Cierro, a fin de tener un sitio para caerse muerto. De envidiable bigote, poca estatura, y un sombrero que le ocultaba el rostro, se sentó en el único lugar que vio abierto, con fin de beber y tomar mientras aún tuviera el tiempo. Comenzó un jueves y espero hasta un domingo, donde la voraz hambre del pequeño troglodita tuvo que ser pagada con vacas y barriles de los pueblos vecinos. Pagó con todo lo que llevaba, vendió los anillos, el caballo, las armas, las ropas, hasta que para la media tarde de su último día estaba como Dios lo había traído al mundo. Durante aquel tiempo no quiso hablar con nadie, ni nadie se atrevió a preguntar nada, aunque la tertulia miraba atenta cada movimiento de su cuerpo, y la mujer del cantinero jamás sintió en sus pechos tanto mal augurio. Cuando una voluntad unánime de dormir acechaba en la cantina después del almuerzo, un hombre flaco y risueño llegó cantando y atropellando de alegría al local.

Cuidados se lo temía, llevaba más de tres meses sin la visita mensual. Sin otro remedio maldijo la fertilidad familiar, que había engendrado a

más de trescientos Olvidos. Sin pena pero con tristeza, le anunció a Risueños que estaba embarazada y tomaría el té al día siguiente. Para su sorpresa, el joven dio un brinco, la tomó por los brazos y le dio vueltas en el aire. Sacó la guitarra y se dirigió corriendo dando saltos en dirección al pueblo. No sin antes darle un beso que le hizo entender qué, esta vez, no tendría que hacerlo sola. Fiel a su persona, Risueños Sotelo quiso hacer que todo el mundo supiera su alegría, y mientras corría las palabras se le escapaban sin sentido de la boca. No sabía si reír, o llorar, o cantar, o gritar, y a falta de una decisión única, su cuerpo quiso hacerlas todas. Y con la indecisión llegó a la cantina, para solo mirar a la tertulia, al cantinero y a su mujer, con tanta nostalgia que hubiera podido desenterrar todos los recuerdos del mundo. Pidió un tequila para todos, inclusive para el desconocido desnudo, y se dispuso a pagar con canciones.

Fue tal vez en el cuarto o en el quinto tequila, cuando las balas le perforaron el pecho. Algunos dicen que fue por cuestiones de tierras que había heredado, otros dicen que fue un arreglo de mujeres por los tiempos de la revolución. Pero las versiones más fidedignas aseguran que tan solo fue un tiro perdido, que no debía encontrarlo a él. Lo cierto es que todos recuerdan el fusil, cómo cayeron los cuerpos y cuánto tiempo tardaron hasta que alguien se atrevió a cerrarles los ojos de asombro. Murieron abrazados, los dos extraños. Nunca nadie supo, ni quiso recordar, quién tiró la bala.

La tertulia subió cabizbaja la cuesta hasta la casa de Cuidados. La encontraron barriendo, fuera de la puerta los papelitos de colores que aquel día ahogaban el piso. No tuvieron que decir nada, pues con un intento de mueca, ella les hizo saber que se daba por enterada. Le traían su guitarra.



Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo

La dictadura de los gallos

Armand R

para valeria

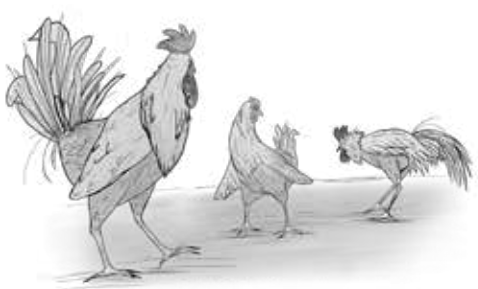
sobreviviente, se ganó el nombre a pulso. hoy habita por los recovecos domésticos de la gran casa. además, tiene la admiración de muchas personas. ella —sin embargo— pasa por la vida con cierta amabilidad, como que parte del mundo le fuera ajeno; como que las cosas sucedieran en otro lugar. recuerda, a lo lejos, la cruel época de los gallos. empavonadas bestias, que se paseaban orgullosos de su prosapia con sus crestas arrogantes, cantores jactanciosos de un desafinado tiempo. animales que siempre anunciarán la traición.

ella rememora con algo de angustia aquella mañana donde aparecieron dos más y luego otros dos; total llegaron a sumar siete gallos supremos:

nosotras las trece gallinas, de la granja comunitaria, no lo entendimos al principio. incluso, no le dimos importancia. rústicos como agrestes, además desorganizados, ningún gallo logró la supremacía del gallinero. igual se percataron que el grano de maíz caía cada mañana. todos comían a sus anchas.

así que —en un pacto implícito de principales gallos— empezaron a rondarnos. cada cual a su mejor disposición, aleteaban en alarde, luego nos embestían desprevenidas, una y otra, y otra vez hasta el cansancio. animales primarios, conocedores de que así su descendencia perduraría. los teníamos que aguantar como un castigo maldito. lo hacían de forma indiscriminada a todas horas.

por lo que, nosotras —las gallinas— debíamos obedecer las contradictorias posiciones de cada gallo. rara vez entablaban una disputa real. alardeaban todo el tiempo, lanzaban uno que otro picotazo, levantaban el pecho untado con plumas brillantes, después su destemplado canto, pero al final, se evitaban y nos arrastraban a su brutal juego.



la violencia, como forma de vida, se impuso en el gallinero. una a una empezamos a desfallecer, por tanto hostigamiento se nos arruinó la vida. luego aparecieron los síntomas del cansancio entre tanto asalto. murieron las primeras gallinas. cuando la muerte se hizo peste, intervino ella, una de las

dueñas del gallinero. para ese momento, luego de semanas, apenas quedábamos cinco gallinas.



aquel amanecer, lo recuerdo bien, del pescuezo tomó uno a uno a los gallos, los enjauló y se los llevó con rumbo desconocido. desaparecieron. las sobrevivientes lo vimos impávidas pero en el fondo agradecidas.

pasaron varios amaneceres. ningún gallo cantó en el corral. algo desorganizadas empezamos a sobre llevar la vida. hasta que una tarde apareció un enorme gallo blanco. al principio, rondó en silencio. cuando comprendió su supremacía en el gallinero nos cantó, se supo gallo en su corral. después, nos empezó a montar y otra vez a darnos picotazos, a someternos por la cresta.

así que con total hartazgo, esa tarde me largué del gallinero, a riesgo de ser devorada por una comadreja o zorra, o cualquier depredador. solo me fui. no lo podía soportar más. esa primera noche pasé mucha angustia. me arrimé donde estaban las perras. estas gruñeron un rato, al final me aceptaron. desde ese día habito la granja con las nobles mastines.

distinguidas mamíferas que les da por ladrar enla noche. me despiertan, pero allí se pasa a gusto.

a ratos, sobre todo en los asados del domingo, mi historia la comparte la familia con los muchos invitados a las celebraciones como algo anecdótico. la historia de la gallina que vive con las perras. sin embargo, recuerdo que aquel invierno llegó una periodista internacional, escuchó el relato entre risas y entusiasmo por mi osadía, incluso puso atención cómo ellas, las dueñas, no se ponen de acuerdo con mi nombre: una me llama simone y la otra chica me dice koca. a mí me gusta que me digan koca, por cocorocó, cómo dice el más peque de la casona. gallinita cocorocó y corre tras de mí con sus pasitos torpes.

al final del invierno, esta periodista luego de vivir algunas semanas con nosotras, publicó una modesta nota en un diario en el extranjero. reportaje que leyó —por casualidad— una prestigiosa fotógrafa y documentalista europea, experta en animales y vida silvestre. la mujer, con sus cámaras en mano, viajó desde su país natal hasta cañuelas para hacerme unas fotos y un pequeño documental. el material fue presentado como un reportaje en la televisión.



el programa alcanzó una popularidad increíble. del mismo, los dueños de la televisora, creo que alemana, invitaron a un debate, del cual se desprendió que las primeras feministas discutieran en torno a los aprendizajes adquiridos, condicionados por el sexo y la ruptura de los esquemas patriarcales pre establecidos.

una teórica muy destacada del movimiento feminista, luego de indagar, incluso nos visitó en la granja, se interesó en el caso; por lo que escribió un breve ensayo de género: “los paradigmas biológicos una contradicción social”.

paper que dio pauta para nuevas propuestas teóricas sobre los procesos cognitivos desde los modelos heteronormados en el patriarcado. este debate, como comprenderán, adquirió dimensiones continentales, precisamente porque fragmentaba todo lo aprendido con relación a las precarias teorías de los modelos genetistas.

de esa cuenta, el grupo académico “promachos hispanoamericanos” se vio obligado a revisar sus postulados. por lo que convocaron a un congreso regional: “la biología un precepto fundamental en la continuidad de la especie”. a este evento de nobles e ilustres académicos concurrieron, desde la calle, por vez primera un nutrido número de mujeres, miles de feministas, quienes con pancartas, pañuelos verdes y el puño en alto gritaron las consignas: muerte al patriarcado.

así que, el director de la sociedad “promachos hispanoamericanos” —un tipo astuto e intrigante— se vio obligado a invitar a las feministas más sobresalientes del mundo; sobre todo para que el estado no les cortara la asignación de fondos que la sociedad recibía

anualmente. el debate quedó abierto; pero sentó las bases de un posible diálogo, pero sobre todo, rompió de manera definitiva los viejos paradigmas del patriarcado.

con los días, por la casa, apareció un equipo de cineastas. me hicieron más fotos, me colocaron un hermoso pañuelo verde. filmaron un corto metraje, al cual titularon, “la gallina feminista”. poco creativo el título, pero el film adquirió cierta notoriedad. hoy —al pasar de tiempo— apenas recuerdo la terrible dictadura de los gallos. ominosa sensación en la memoria, pero me reconforta el espacio de la casa grande, donde escucho narrar siempre la historia de mi rebeldía.



Ilustraciones por Max Adáme

15 cartas al desierto

Andrés Madero Ramírez

Esto es lo que sucedería si te hubiera mandado cartas todos los días que te fuiste. Entre besos de arena y viento caliente, tu rostro se asoma, lo sueño a miles de kilómetros y lo extraño.

Pensé que estos sentimientos nunca volverían, el reflejo de su luz al asomarse me da esperanza de que mi corazón esté listo para abrirse de nuevo, sediento de cariño y del húmedo amor que tu río me ofrece.

Agua fresca y limpia como un oasis en tierras áridas. Este mundo es tan enorme, que la vida nos alcanza poco para conocerlo. Es intrigante y emocionante al mismo tiempo el saber que tu corazón le pertenece al mundo y viceversa. Bésame para recordar la gran inspiración, la inmensidad del mundo que reflejas en

mis ojos

tus ojos

tu respiración

tus suspiros





que son agua para el desierto y tu sonrisa la llameante ondulación que abre su paisaje amarillento y de flameante belleza.

Lo que tú eres es reflejo de lo que deseas. Es la realidad que anhelas.

Ya que son tus deseos.

Te busco en el cielo pero sé que la arena recordará tus pisadas, como la manera en que tu sonrisa marcó mis dunas.

Las madrugadas iluminadas con luz blanca, artificial, eléctrica y deliciosamente soberana a su tono único que nos hace sentir encerradas.

una sala desconocida, cuerpos dormitando a mi lado y solo

respiramos esperando. ¿Y yo qué hago al querer compartir esas madrugadas contigo?

Esperando el viento, el mar, o la tierra que queramos. ¿Por qué temer si el desierto es más abrazador, y tú lo abrazaste con brazos más cálidos que el sol y más vivos que mis ojos cansados y ojerosos? Tú me dices entonces que somos iguales. Salgamos así… a donde queramos. A donde quieras.

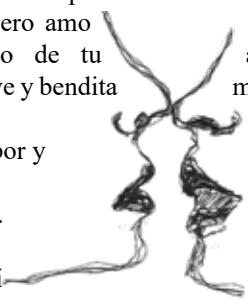
A donde pueda estar junto a ti.

Las voces ajenas a mi e imposibles de separarlos de ti.
Ya que son tus deseos.

La mentira es esa cobija que guarda las lágrimas que no aceptamos soltar. El dolor que no aceptamos afrontar o por que solamente somos idiotas. No lo sé, pero amo lo que pueda significar el estar contagiado de tu armonía y dulzura que no conoce límites. Suave y bendita maldición de tus labios

tu sabor y

tu ser.



Estos 15 días sí han sido eternos. Como el desierto que tanto anhelamos conocer desde que nuestros destinos se cruzaron. Somos arena cuando nuestros cuerpos se mezclan y derriten de lo que yo creo, es amor.

Para esto es sanar, para esto es cruzar el desierto de nuestros miedos y el dolor que nos da espantarlo.

Miedo de ir. Miedo a triunfar.

¿Y cuando lo hacemos? Todo está bien



Hermosa, escucha y ve.



Ilustraciones por Karla C

El viejo árbol de nogal

Fidel Cantú Quintanilla



Solía pasar horas sentado bajo un árbol de nogal que estaba en el patio de mi casa. Era un árbol alto y robusto. Durante la época de verano corría un aire fresco en ese lugar, pero en invierno no había quien se acercara. Siempre fue mi sitio preferido, aunque hubo otros espacios, era ahí donde mi mente se distraía y en donde mi cuerpo se cargaba de energía. Ese lugar es tan hermoso como lo es nuestra familia. Ahí, nunca podría decir tonterías, tenía un gran respeto por ese árbol que, seguramente, había nacido muchos años antes que yo. El viejo nogal imponía su paz, su tranquilidad. Tenía un cuerpo vigoroso, sus ramas cubrían la casa entera, sus raíces debían de extenderse por casi todo el terreno del patio, a pesar de ello nunca causó estragos, ningún piso ni pared se levantó en los alrededores.

Un día, bajo ese árbol, tomé la decisión más importante de mi vida, la de abandonar mi ciudad, Linares, el pueblo que me vio nacer. Seguir mis sueños y alcanzar mis metas. Entendí que no volvería por un tiempo, estaría alejado de las personas que amo, de los amigos con los que convivo. Me llevaría solo los recuerdos en la memoria fotográfica de mi ser. Mi equipaje estaba listo, mi pasaporte y el boleto de transporte en mis manos. Estaba decidido a dejarlo todo y a todos. Me alejé sin avisar a nadie, porque pensé que me podrían convencer de no irme y mi decisión estaba ya tomada.

Seguro estoy de que mi madre estaría preocupada por desaparecer sin aviso, hasta estoy convencido que iría a la comisaría a poner un reporte por mí desaparición. Mi padre pensaría “Pronto aparecerá, solo se ha alejado unos días”, porque él en algún momento también se había ido de su casa cuando era joven.

A los pocos meses mandé una carta a mi madre explicando porque me había ido de casa. Me encontraba ya en los Estados Unidos, trabajando en la pizca de naranja en una huerta de allá, en el lejano Oeste de California. ¿Cómo fue que llegué hasta acá?, ¿por qué venir tan lejos a trabajar en la pizca y no quedarme en mi pueblo donde también había huertos de naranjas? Mi respuesta fue simple: “aunque en mi pueblo exista el mismo tipo de empleo, el pago acá es mucho

mejor". Tenía la intención de salir adelante, de ganar en dólares, de estudiar, de ser alguien importante. En el pueblo donde nací no había muchas oportunidades para progresar, así que, tomé esa decisión consciente de que podía afectar los sentimientos de los demás, sobre todo los de mi familia, pero debía cumplir mis metas. Y así fue.

Al año de mi partida, logré comprarme una casa y en ella planté un pequeño nogal. Me inscribí en la Universidad, aprendí a hablar el idioma inglés. Me especialicé como mecánico electricista y recibí un título. Qué orgullo para mí haber logrado mucho en poco tiempo.



Después de seis años viviendo acá, ausente de mi familia y de los amigos, decidí regresar al pueblo. Crucé la frontera por Tijuana. Recorrí el norte del país por carretera hasta llegar a Monterrey. Luego me dirigí a Linares. Cuando llegué, vi a mi madre con una canasta de ropa en sus manos que recién había quitado de los lazos, la tiró al suelo y corrió a abrazarme. Mis hermanos, menores que yo, hicieron lo mismo. Mi padre se mantuvo sentado en el cobertizo, no se levantó, esperó a que llegara hasta donde él estaba. Lo abracé y le pedí perdón por haberme alejado de esa manera. Él lo entendió, porque también fue joven y tuvo sueños que nunca logró. Me dijo: "No es necesario explicar nada, tus decisiones son propias, aunque haya quienes no estén de acuerdo". Se alegró de verme, me dio un abrazo fuerte y me llevó para dentro de la casa. Les expliqué lo que había hecho y hasta les mostré fotos del lugar donde vivía. Mostré además una foto del pequeño árbol de nogal que había plantado en mi nuevo patio, para no sentirme tan distante de casa. Mi madre lloró de emoción, comentó que ese árbol había estado ahí desde antes de construir la casa. No supo quién lo había plantado, pero le parecía hermoso que cubriera con sus frondosos brazos a toda la familia.

Prometí llevarlos a conocer mi nueva casa. Estuve tres semanas con ellos. Luego regresé a California. A los ocho meses de haberme ido, mi madre enfermó de un dolor en su pecho. Su corazón había crecido más de lo normal y fue internada en el hospital. Mi padre mandó un comunicado para darme el aviso. Me subí al avión con la angustia de no alcanzar a verle viva. Llegué tarde, pues mi madre había fallecido, no alcancé a despedirme de ella. Fueron los días más tristes de mi vida. Estando en casa, bajo aquel viejo árbol de nogal, me quebré en llanto por no haber estado más tiempo con ella, por

haberme alejado así. En ese momento un aire fresco empezó a ahondar en el patio, las hojas de sus ramas se movieron produciendo un sonido agudo. Sentí como si el árbol tratara de decirme algo, tal vez era la esperanza de que ella aún sigue conmigo. Eso imaginé. Hablé con mi padre para pedirle que se fuera a vivir conmigo, pero él se negó. Dijo que no se iría lejos de mi madre. Intenté hablar nuevamente con él, le dije que ella siempre le estaría acompañando a donde quiera que vaya, pero no pude convencerlo.

Después de unas semanas en el pueblo, volví a Los Ángeles, pues debía continuar con mi vida. Esta vez me acompañaron dos de mis hermanos. Ellos también tienen el derecho de elegir su destino. El nuevo árbol de nogal plantado en mi casa crece lento, pero su tronco va firme, sus ramas hacia arriba, repletas de hojas verdes y fuertes. Al lado del pequeño árbol una banca me espera cada tarde, para sentarme a tomar el café. Continúo realizando mis sueños. En silencio, busco respuestas a mis preguntas. Algún día, cuando ya no esté aquí, los nuevos inquilinos se preguntarán: ¿quién habrá plantado ese árbol de nogal?, tal y como mi madre se lo preguntó muchas veces.



Ilustraciones por Juan Pablo Mena

Vaqueros

Montserrat López Ramírez

Se veía bonita.



El cabello negro, suelto y la sonrisa de modelo, con ese par de ojos negros que le robarían el corazón a cualquiera y, aun así, en sus caderas llevaba los viejos vaqueros de su cumpleaños catorce, aquellos que nunca se quitaba ni cuando hacía un calor de los mil demonios. Aquellos con una mancha de mostaza aún fresca en uno de sus muslos.

Tenía las manos entrelazadas con sus uñas de color rojo, mal pintadas, aferrándose al torso de su muñeca con fuerza. Se encontraba de cuclillas, casi cayéndose, con el viento metiéndose descaradamente entre su playera blanca desgastada y su sostén.

Los tenis negros más viejos y usados que había encontrado con las agujetas mal amarradas, aquellas que la sostenían en un piso irregular y cubierto de lodo.

—Se veía bonita —fue lo que mamá pensaba, estaba escogiendo entre un montón de fotos. Pero justo la que tenía en sus palmas, era la que menos le gustaba a ella, porque se veía imperfecta.

—Que perfecta tan imperfecta entonces —dijo mamá.

Llevaba un rato buscando una foto, pero aún no se decidía. En todas se veía tan bella, incluso en las que se le observaba con una mueca de berrinche.

Algunas de ellas eran de su niñez, de cuando aún se hacía en sus calzones y mamá tenía que limpiarla, o cuando debía sonarle la nariz llena de mocos verdes, o la de aquella vez en la que tuvo que ponerle pasadores en el fleco mordido y mal hecho que se había tusado por moda.

Oh, y cómo olvidar la ocasión en la que se manchó el uniforme de la escolta por un descuido con su periodo y terminó llamando a mamá, llorando y suplicando por una posible solución.

Mamá pasó los dedos por el viejo álbum de fotos una vez más,

recorrió la fotografía del primer día de clases, donde estaba aferrada a su brazo cual perezoso. Tenía los ojos vidriosos.

La fotografía de cuando recibió su diploma por mejor alumna tenía la sonrisa más cínica del planeta, no como la sonrisa ausente de la foto de al lado, aquella no le gustaba tanto a mamá porque salía el novio, interponiéndose entre mamá y ella. Él tomándola de los vaqueros con una rabia, con un hambre, como si quisiese comérsela a mordiscos y dejar nada para nadie. Como si quisiera proclamarla como suya y perderse en una isla, solo los dos, como si él fuese su único dueño.

A pesar de aquello, mamá seguía mirando la misma imagen donde llevaba esos malditos vaqueros manchados de mostaza, y cuando menos lo supe, me había entregado la foto, casi como si le estuvieran arrancando el corazón.

La miré y luego miré la foto, era la más reciente.

Era la que pondría en el cartel de “Se busca”.



Ilustraciones por Karla C.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Vania Sosa Ríos
vania@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Los miedos están dentro,
Ignacio Navarro

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Erandi Guadalupe Lozano Velázquez
Fausto Maximiliano Adame Pérez

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y siete. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto-Septiembre de 2025.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Deberé contar esto suspirando
en algún lugar del futuro, a años de distancia:
dos caminos se separaban en un bosque, y yo—

yo elegí el menos transitado,
ese acto marcó la diferencia."

El camino no elegido,
Robert Frost

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir